

# ADEGA

(Historia milenaria.)

## I

Rostro á la venta adelantaba uno de esos pordioseros que van en romería á todos los santuarios y recorren los caminos salmodiando una historia sombría forjada con reminiscencias de otras cien, y á propósito para conmovir el alma del pueblo, sencilla, milagrera y trágica. Aquel mendicante desgredado y bizantino, con su esclavina adornada de conchas y el bordón de los caminantes en la diestra, parecía resucitar la devoción penitente del tiempo antiguo. ¡El hermoso tiempo en que toda la cristiandad creyó ver dibujado con estrellas en la celeste altura el Camino de Santiago, la ruta poblada de riesgos y trabajos, que la sandalia del peregrino iba labrando lentamente en el polvo de la tierra!

No estaba la venta situada sobre el camino real, sino en mitad de un descampado donde sólo se erguían algunos pinos desmedrados y secos. El paraje, de montaña, en toda sazón austero y silencioso, parecía mucho más bajo el cielo encapotado de aquella tarde invernal. La draban los perros de la aldea vecina, y, como eco simbólico de las borrascas del mundo, oía el tumbar ciclópeo y opaco de un mar costero muy lejano. Era nueva la venta, y en medio de la eterna tristeza gris de la sierra, aquel portalón á medio pintar y aquellos azules y amarillos de la fachada, borrosos por la perenne lluvia del invierno, lejos de clarear el paisaje, producían indefinible sensación de antipatía y de terror. La carcomida venta de antaño, incendiada una noche por cierto famoso bandido, impresionaba me-

nos téticamente. Anochecía, y la luz del crepúsculo daba al yermo y ríscoso paraje entonaciones anacróticas, que destacaban con sombra idealidad la negra figura del romero. Ráfagas heladas de la sierra, que imitan el aullido del lobo, sacudíanle implacables la negra y sucia guedeja, y arrebatában, llevándola del uno al otro hombro, la ola de la barba que, al amainar el viento, caía estremecida y revuelta sobre el pecho, donde se zarandaban cruces y rosarios... Se detuvo en lo alto de una cuesta blanquecina, y apoyado á dos manos en el bordón, contempló la aldea, que sobresale entre la falda de un monte. Sin ánimo para llagar al caserío, cerró los ojos nublados por la fatiga, cobró aliento en un suspiro y siguió adelante.

Sentada al abrigo de unas piedras célticas, doradas por líquenes milenarios, hilaba una pastorcilla. Las ovejas rebullían en torno; sobre el linderó del camino pacían las vacas de trémulas y roadas ubres; el mastín, á modo de viejo adusto, ladraba al recental, que le importunaba con infantiles retozos. Inmóvil en medio de la mancha movediza del hato, la rueca afirmada en la cintura y el capotillo mariñán vuelto sobre los hombros, rubia y ensimismada. Adegá era la zagala de las leyendas piadosas: su frente, dorada como la miel, tenía la expresión casta; su boca, la sonrisa ávida de los corazones tristes; las cejas eran rubias y delicadas; los ojos, en cuyo fondo lucía una violeta azul, místicos y ardientes como preces. Silenciosa siempre, con la vista baja y lentos y acompasados los movimientos, que ape-

nas hacían ondear el dengue de grana, parecía una santa de aquellas que los monjes de otros tiempos pintaban sobre fondo de oro en los misales. Era muy devota, con devoción sombría, montañesa y arcáica; llevaba en el justillo cruces y medallas, amuletos de azabache y saquillos de velludo que contenían ramas de olivo y hojas de misal. Aquella pastorcilla de rostro bruñido y melado por el sol, de seno indeciso y cándida garganta, ostentaba la pureza ideal que la tradición litúrgica ha simbolizado con el lirio blanco. Movida por la presencia del peregrino, se levantó del suelo, y echando el rebaño por delante, tomó á su vez el camino de la venta, un senderiño entre tojos trillado por los zuecos de los pastores y las patas del ganado. A muy poco juntóse con el mendicante, que se había detenido en la orilla del camino, y dejaba caer bendiciones sobre el rebaño. La pastora y el peregrino se saludaron con cristiana humildad:

—¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!

—¡Bendito y alabado él sea, hermano!

El hombre clavó en Adegá la mirada, y al tiempo de volverla al suelo, preguntó á la zagala con la plañidera solemnidad de los perdioseros si por acaso servía en la venta. Ella con harta prolijidad, pero sin alzar la cabeza, contestó que era la rapaza del ganado, y que servía allí por el yantar y el vestido. No llevaba cuenta del tiempo, mas cuidaba que en el mes de San Juan se remataban tres años. La voz de la sierva era monótona y cantarina; hablaba el gallego arcáico, casi visigodo, de la montaña. El romero parecía de luengas tierras; tras una pausa renovó el pregunteo:

—¡Paloma del Señor! ¿quería saber si los venteros son gente cristiana, capaz de dar hospedaje á un triste pecador que va en peregrinación á Santiago de Galicia?

Adegá, sin aventurarse á darle

una respuesta, torcía entre sus dedos una punta del capotillo mariñán. Dió una voz al hato, y murmuró levantando los ojos:

—¡Asús! ¡como cristianos, sónlo, sí, señor!...

Se interrumpió de intento para acuciar las vacas que, paradas de través en el sendero, alargaban el yugo sobre los tojos buscando brotes nuevos. No reanudó ninguno de los dos la interrumpida plática, y en silencio continuaron hasta las puertas de la venta. Mientras la zagala encierra el ganado y previene en los pesebres recado de húmeda y olorosa hierba, el romero salmodia padre-nuestros ante el umbral del hospedaje. Adegá, cada vez que entra ó sale en los establos, se para un momento á contemplarle. El sayal andrajoso del peregrino encendía en su corazón la llama de cristianos sentimientos. Sin presumirlo gustaba las inefables dulzuras de un ensueño bíblico; se bañaba en la claridad ideal del Evangelio. Aquella pastorcilla de cejas de oro, hubiera lavado gustosa los empolvados pies del caminante; desceñiríase el cabello para enjugárselos; cederíale su pan y su lecho, y tras esto le seguiría por el mundo. Cristiana, llena de fe ingenua, sentíase embargada por piadoso recogimiento. La soledad profunda del paraje, el resplandor fantástico del ocaso anubarrado y con luna, la negra, desmelenada y pehitente sombra del romero, le infundían aquella devoción que se experimenta en la paz de la iglesia, ante los retablos poblados de efigies ahumadas y vetustas, bultos sin contorno ni faz, que á la luz temblona de las lámparas se columbran en el dorado misterio de las hornacinas, tétricos, justicieros, solemnes...

## II

El mendicante salmodiaba ante el portalón de la venta.

—¡Buenas almas del Señor, haced haced al pobre peregrino un bien de caridad! La Santísima Virgen

María y el Apostol Bendito os conserven la amable vida y salud en el mundo para ganarlo. Dios os dé qué dar y qué tener: salud y suerte en el mundo para ganarlo. ¡Buenas almas del Señor, haced el pobre peregrino un bien de caridad!

Apoyó la frente en el bordón, y la guedeja negra, polvorienta y sombría, cayó sobre su faz. Una vieja asomó en la puerta:

—¡Vaya con Dios, hermano!

La vieja traía la rueca en la cintura, y sus dedos de momia daban vueltas al huso. El peregrino levantó la frente voluntariosa y ceñuda como la de un profeta:

—¿Y á dónde quiere que vaya perdido en el monte?

—A donde le guíe Dios, hermano.

—A que me coman los lobos.

—¡Asúsi! no hay lobos.

Y la vieja, hilando su copo, entróse nuevamente en la casa. Una ráfaga de viento cerró la puerta, y el peregrino alejóse musitando: golpeaba las piedras con el cueto de su bordón. De pronto volvióse, y rastroando un puñado de tierrallo arrojó á la venta. Erguido en medio del sendero, con la voz apasionada y sorda de los anatemas, clamó:

—¡Permita Dios que una peste cierre para siempre esa casa sin caridad! ¡Que los brazados de hortigas crezcan en la puerta! ¡Que los lagartos anden por las ventanas á tomar el soll...

Sobre la esclavina del peregrino temblaban las cruces, las medallas, los rosarios de Jerusalén; sus palabras ululaban en el viento; las greñas lacias y tristes le azotaban las mejillas; y por el camino real venían nubes de polvo, y en lo alto de los peñascales balaba una cabra negra. Las nubes iban á congregarse sobre el horizonte, un horizonte de agua. Volvían las ovejas al establo y apenas turbaban el reposo del campo, aterido por el invierno, las esquilas lentas y soñolientas. En el fondo de una hondonada verde y umbrosa, se veía el santuario de San Clodio Mártir, rodeado de ci-

preses centenarios que cabeceaban tristemente; sus brazos secos sacudían el agua con estremecimientos llenos de frío; semejaban viejos paralíticos abandonados al borde del camino, patriarcas sin prole, desnudos y olvidados.

Adega llamó en voz baja el mendicante desde la cancela del aprisco.

—¡Oiga, hermano!... ¡oiga!...

Como el peregrino no la escuchaba, se acercó tímidamente.

—¿Quiere dormir en el establo, señor?

El romero la miró con dureza. Adega, cada vez más temerosa y humilde, ensortijaba á sus dedos bermejotes una hoja de juncia olorosa.

—No vaya de noche por el monte, señor. Mire, el establo de las vacas lo tenemos lleno de lino, y podría descansar á gusto.

Sus ojos de violeta alzábanse en amoroso ruego, y sus labios trémulos permanecían entreabiertos con anhelo infinito. El mendicante, sin responder una sola palabra, sonrió. Después volvióse avizorado hacia la venta, que permanecía cerrada, y fué á guarecerse en el establo, andando con paso de lobo. Adega le siguió. El mastín, como en una historia de santos, vino silencioso á lamer las manos del peregrino y la pastora. Apenas se veía dentro del establo: el aire era tibio y aldeano; sentíase el aliento de las vacas. El recental que andaba suelto, se revolvía jugueteón entre las patas de la yunta, hociocaban en las ubres, y erguía el picaresco testuz dando balidos. La Marela y la Bermella, graves como dos viejas abadesas, rumiaban el trebol fresco y oloroso cabeceando sobre los pesebres. En el fondo del establo había una montaña de lino y Adega condujo al romero de la mano.

R. Valle - Inclán.

(Continuará.)

## SOBRE LA PATRIA NATURAL

No hay necesidad de detenerse á repetir la distinción entre nuestros ideales regionalistas y el ideal de los federales españoles primitivos, el cual tenía más del racionalismo puro de los alemanes que del positivismo transformista de los ingleses.

La fórmula propia del ideal político nuevo quizá esté todavía sin expresarse. Me parece que se le aproximaría bastante una frase parecida á esta: «El ideal político consiste en hacer coincidir la agrupación natural *nación* (no importa definirla) con la agrupación artificial *Estado*.»

Del *Estado* actual diría Cándido, si volviese á dar un paseo por nuestro mundo, agobiado y á punto de romperse, que es un Estado feliz, el mejor de los Estados posibles, pero que necesita grandes ejércitos permanentes de esclavos y un ordenamiento militar en absoluto para que le sostengan y garanticen esta incomparable felicidad. La revolución fué mucho más social (de sustitución de clases directivas) que política, ya que la centralización napoleónica imitaba la de Colbert, y puede decirse que la exageraba como podía, quebrantando los núcleos étnicos donde arraigaba una raza tradicional y distinta, para arrancarles la poca cohesión y la débil solidaridad que les quedaba. La rutina había prescrito. Lo que no habían conseguido los esfuerzos de los hacendistas de la monarquía absoluta, con aquel afán de simplificar los medios de procurarse las rentas contributivas, lo consiguió el espíritu igualitario y nivelador de las nuevas opiniones gubernamentales. Entonces empezamos á ver adulterada la palabra *nación*, usada siempre, antes de esa época, conforme á su etimología, en un sentido acaso más particularista y limitado todavía que el que tiene en el actual tecnicismo sociológico. No es extraño leer en los clásicos castellanos expresiones como estas: «De nación mallorquín, de nación genovés, de nación siciliano.» (1) Aquel concepto post-revolucionario de la nación, fué consolidándose, y al poco tiempo, queriendo abrazar también el concepto de patria, antes igualmente propio de las más restringidas agrupaciones y de los más pequeños territorios; (2) se convirtieron en patrias y naciones las colonias que iban separándose en América, y dejaron de serlo, en virtud de no sé qué principios, las nacionalidades que por consecuencia de los tratados volubles ó mal seguros ó de las conquistas azarosas, iban quedando sometidas á Estados donde dominaba una raza diferente. Las condiciones geográficas de la comarca fueron tenidas en cuenta para tales divisiones mucho más que las de raza y lengua de los pobladores, y Cataluña, por ejemplo, cuyos hijos ocupan ambas vertientes pirenaicas, quedó medio francesa y medio española, como Polonia vino á ser la presa despedazada y repartida de germánicos y eslavos.

(1) No hay necesidad de decir que únicamente nos referimos á la nación en su concepto de gentes que habitan en una región geográfica determinada, de la cual han recibido ya las influencias físicas: clima, condiciones de vida, caracteres de las naciones colindantes, corrientes migratorias, etc., y no á la nación en su sentido de multitudes ó razas nómadas sin relación geográfica definida. La diferencia entre estas dos acepciones de la palabra *nación* es correlativa con la que se observa entre los dos significados de la palabra *pueblo*.

Hay que tener en cuenta, además, que la separación entre las naciones por fronteras no es una absoluta solución de continuidad. Entre ellas media una gradación suave, una fusión de los caracteres de cada una y de sus condiciones étnicas en un tipo mixto, difícil de clasificar como nación. Es lo mismo que acontece en las fronteras con las lenguas confinantes, que van mezclándose y constituyendo *patois* ó *argot* bías.

(2) En Grecia, las patrias son tan numerosas como las ciudades ó como las islas.

El vocablo *nación*, en su actual sentido, es tan joven como la fórmula política *soberanía nacional*, y fué, en sus orígenes, un lema de partido y una bandera de sublevaciones contra el despotismo clásico, levantada por quienes no sabían ver en aquel prestigio semi-religioso de que las mismas persecuciones iban revistiendo las ideas nuevas, el germen de futuras tiranías. Como consecuencia de esta significación liberal y exaltada, uno de los gritos de los *apostólicos* fué el de *muera la nación*, y contra la *nación* se dirigieron los tiros de reaccionarios y absolutistas.

Y en cuanto á la patria, la patria ha sido siempre un concepto puramente sentimental, personalísimo, y bien se podría definir como una extensión del parentesco familiar (atendiendo más á la patria en su sentido de conjunto de paisanos ó ciudadanos) ó como una extensión de la *casa* originaria (si se atiende principalmente al concepto de territorio). Acaba, de todos modos, donde cesa la afección sentimental que despierta en el alma del individuo; porque si la nación es, al fin, un tecnicismo de derecho político ó de sociología, convencional y mutable, más ó menos restringido ó amplificado, la patria es la designación de un afecto positivo y permanente. No sé si convendría, ya que se ha venido empleando con tanta profusión el calificativo de *patria pequeña*, hacer notar el carácter de indivisibilidad que reviste el concepto de patria, y que lo racional sería sobreponer la patria ínfima, inmediata, á la patria extensa y mediata, como se sobreponen los hermanos á los parientes remotos.

El programa de la futura constitución federal no puede ser definitivo, ya que se trata de un proceso de progresivas emancipaciones de las personalidades políticas colectivas, sin otro límite que los intereses de la libertad y la utilidad práctica de los regímenes autonómicos que sucesivamente vayan implantándose. Es claro que el ideal consiste en la perfecta libertad de acción social y política de los ciudadanos y de las colectividades y en la amplia realización de la voluntad nacional, que viene á completar la realización de la voluntad individual, fin último de todo el derecho político y viva aspiración de las escuelas avanzadas del día. Desde este punto de vista el regionalismo complementa la obra del individualismo, y no puede dejar de ponérsela como norma sino quiere ser una tendencia de retroceso histórico ó un puro ensueño tradicional, de sentimiento infantil, de todo ideal reflexivo y de la frialdad serena necesaria para que las aspiraciones sean fecundas y eficaces.

Mas, por ahora, se opondrá á esto la constitución gubernamental de casi todos los Estados del mundo, entre los cuales hay una rivalidad de intereses incompatible con la causa de las autonomías locales; continuamente dificultan esta causa las coacciones de los grandes armamentos, del servicio obligatorio, de las fuertes contribuciones centralizadas. La fórmula sería dejar á la centralización únicamente lo que es de verdadero interés *regional* que esté centralizado. Hace poco tiempo que un publicista hacía notar las grandes ventajas que reporta á los diferentes Estados de la Unión Americana la centralización de las relaciones diplomáticas, que produce la solidaridad en la defensa y, por tanto, la fuerza.

Ea cuanto á las relaciones mercantiles, no sabemos ver el inconveniente de su descentralización, y la consideramos, no sólo necesaria, sino quizá la más trascendental de todas, ya que se trata de la libertad en el desenvolvimiento progresivo de las fuentes de riqueza nacional, del desligamiento é independencia de la vida económica, que es, al fin, la *vida* en su sentido directo.

No hay que hablar de la organización postal y telegráfica, porque no pertenece á los fines directos del Estado, y, por lo mismo, son muchos los que, enamorados de la fórmula individualista y joven: *la menor cantidad*

de Estado posible, la encomiendan á la iniciativa privada ó á los contratos inter-regionales.

No quiero hablar tampoco del servicio militar, porque esta cuestión tiene hoy un aspecto más social que político, y conviene hacerla objeto de más detenidas atenciones. En su aspecto puramente regionalista la traté, aunque muy superficialmente, en estas mismas columnas, al discutir la posible supresión de los ejércitos regionales.

La ley monetaria y la regulación de pesos y medidas, como son relaciones más exteriores que interiores, es natural que ganen mucho si se extiende su adopción uniforme; pero entendemos que esta adopción debe ser siempre voluntaria y reconocida por contrato, como la acepción de cualquier reforma política ó jurídica. Ha habido hasta ahora razones de verdadero peso científico, por ejemplo, que se han opuesto á la acepción del sistema métrico por Inglaterra.

Por todas estas condiciones, el programa de constitución particularista que presentó la hoja de manifiesto *Al poble catalá* y que *La Renaixensa*, de Barcelona, estampa en la cabecera de todos sus números, (1) no está tampoco en situación de ser definitivo, y sí únicamente provisional, como la propia denominación de *regionalista*. A la futura organización hay que ir lentamente, por grados; y aquellos son los primeros que hay que recorrer y atravesar; cuando consigamos dejarlos atrás, cuando la nueva educación política vaya consolidándose y arraigando, habrá llegado la hora de pensar en las otras conquistas hasta el perfecto reconocimiento de las personalidades nacionales, con el derecho de tener representantes directos en el extranjero para los convenios económicos y la proclama del derecho de unión y de secesión de las colectividades políticas personales, fin último de la evolución liberal moderna.

Gabriel Alomar.

Palma de Mallorca.

(1) Sobre la construcción de las obras públicas de carácter general de que se habla en el citado manifiesto, encargándolas al poder central, podemos decir lo mismo que de las relaciones postales y telegráficas. Puede ser el objeto de empresas privadas ó del poder del convenio de los diversos municipios interesados en la mejora de sus medios de comunicación.

La resolución de los conflictos inter-regionales quedaría definitivamente á cargo del poder central, siempre que no revistiese el carácter de imposición armada, sino el de arbitraje internacional y aceptado voluntariamente.

## MÍSTICA

A Juan Héctor.

Virgen ¿no te entristece la penosa agonia  
de esta tarde?... Ven... Vamos á buscar á la fronda  
entre la yerba húmeda, alguna flor tardía  
para adornar con ella tu cabellera blonda...

¡Quiero adorarte allí!... Sobre la tierra fría  
sueña una onda de niebla... Envuelta en esa onda,  
dando á tus ojos verdes vaga melancolía,  
me dirás la infinita sonrisa de Gioconda...

Hoy no beso tus manos...; hoy anhelo sentir  
en mi boca el perfume de tu alma de lirio...  
Quiero que te entristezcas, que sueñes con sufrir...

Y así, los dos extáticos en un mudo delirio,  
lloraremos, perdidos en la bruma, el martirio  
de la tarde... ¡el martirio de su lento morir...!

Juan R. Jiménez.

# Causas de nuestra incultura.

---

Es muy frecuente entre los que, refiriéndose á nuestro país, se ocupan de su falta de cultura, achacarla sólo á los defectos de la enseñanza, al fanatismo religioso y á otras causas muy conocidas, que indudablemente son de las principales, pero no únicas.

¿No llama la atención que, habiendo pasado otros pueblos por estados semejantes al nuestro, hayan conseguido salir de ellos, y nosotros casi, casi vayamos hacia atrás, ó al menos avancemos en progresión aritmética, mientras que otros lo hacen en progresión geométrica? ¿No es extraño que personas que han recibido una instrucción sólida y bien dirigida, á veces en el extranjero, no den frutos de ninguna clase y con frecuencia sean peores que otros á quienes no se educó tan esmeradamente? ¿Habrá algo de impotencia intelectual en nuestro pueblo?

Duro es decirlo: pero parece que sí. Parece no tener bastante inteligencia para que la planta de la instrucción arraigue, florezca y fructifique debidamente. ¿En qué consiste esto? ¿No somos descendientes de aquellos que tantas cosas grandes en el orden literario y científico hicieron hace tres siglos? Parece indudable que hemos degenerado.

Muchas causas han producido sin duda esta degeneración; pero entre ellas hay dos principales, que rara vez se tienen en cuenta, y son: el hambre y la selección inversa.

Las fuerzas físicas y las intelectuales necesitan reponerse. El organismo necesita nutrirse bien si ha de trabajar vigorosamente y reproducirse sin producir descendencia débil y enfermiza, y el pueblo español se alimenta hace tres siglos de un modo deficientísimo y sigue hoy alimentándose de la misma manera. No hay más que leer nuestras novelas de los siglos XVI y XVII para hacerse cargo del estado de nuestra sociedad de entonces. No se ven en ellas más que escenas de hambre y de miseria en todas las clases sociales. Salvo la nobleza, no toda, y los religiosos; el pueblo español se componía de gente mal alimentada, casi podría decirse que de mendigos. ¿Qué generaciones podían producir los hidalgos de gofeta que vivían de un modo vergonzante de la sopa del convento?

También las facultades intelectuales tendieron desde entonces á la atrofia por el no uso, con el sistemático estancamiento de nuestras universidades y la prohibición de ir á estudiar fuera de España.

Pero, como si esto no fuera bastante, vino una selección inversa, que el Santo Oficio se encargó de realizar con sumo cuidado, quemando á todo el que pensaba un poco, persiguiendo á todo el que cultivaba las ciencias, y haciendo además salir en forma de grandes expulsiones, á los judíos y los que eran lo más activo que había en España, de industrial, mercantil y agrícola.

Al cabo de tres siglos de este régimen, no podía quedar nada bueno, toda la fuerza de la raza ó había sido destruída ó expulsada, y hoy quedan en el país los descendientes de lo peor de aquellos tiempos.

¿Podrá regenerarse nuestro pueblo? Indudablemente; pero ante todo, necesita adquirir fuerzas físicas, nutriéndose bien para que los cerebros funcionen debidamente.

*Vicente Arbar.*

## AMOR FILIAL

—Perfectamente; ahora ponemos la esterilla á los pies de la cama y terminada la faena.

—No sé por qué, me parece esta sala la de un hospital.

—Peor, Antonio; las salas del hospital son más blancas... más alegres... Fíjate en estas paredes rezumando agua y en la obscuridad de esta leonera... mejor parece un nicho.

Y Juan el lacayo, satisfecho de su comparación, se sonrió.

La habitación que acababan de arreglar los dos criados era grande y destartalada. A un extremo de ella se veía una cama y una mesilla de noche al lado; en frente de la cama un postigo, protegido con fuertes barrotes de hierro, se abría sobre un patio húmedo y sombrío, y en el fondo de la habitación estaban amontonados: un arcón de roble, un catre viejo, diversos enseres raros é inservibles y un brasero de bronce, que brillaba dulcemente á la luz ya mortecina de la tarde. Desde aquel interior se distinguían las dos alas del palacio encaladas y blancas, y los canalones que apoyándose en las paredes se cruzaban en el aire, destacándose con trazos negros sobre el gris metálico de un cielo de invierno.

—¿Y cuándo meten al señor aquí, Antonio?

—Ahora mismo subiremos para traerle.

—No se va á divertir mucho en este cuarto.

—¿Sabes por qué lo mandan abajo?

—Hombre, la cosa es clara; pues por viejo. Créeme, no se debe llegar á viejo; más vale morirse á tiempo. Y cuando esto le pasa á los ricos, figúrate la suerte que nos espera á los pobres si llegamos á endurecer mucho los huesos en este mundo... D. Justo fué un tonto; soltó el dinero, y ahora la hija, guiada por su marido, le manda abajo, porque arriba en el palacio estorba.

—Vamos, comprendido: llegó la hora de encerrarle con los trastos viejos. Pues, francamente, eso es una picardía, porque D. Justo quiere mucho á su hija y ella se lo paga muy mal al hacer lo que hace.

—¡Qué quieres!... ¡Cosas de la vida!... Basta de charla y vamos por el señor, que el pobre no ve gota y no puede bajar solo.

Los dos criados subieron por la escalera de servicio que conducía á las habitaciones superiores.

Momentos después Juan y Antonio reaparecieron trayendo cogido del brazo á D. Justo, un viejo alto y seco, vestido de negro y que cubría la cabeza con un gorro de terciopelo rojo; en su pergaminoso rostro, completamente afeitado, se notaba la inmovilidad característica de los ciegos.

Detrás de ellos venía Mercedes, la doncella de la señora.

En el nuevo aposento instalaron á D. Justo, y una vez acostado, dijo Mercedes al viejo:

—El señor estará aquí bien; este cuarto es muy silencioso. Al alcance de la mano le dejo una campanilla para llamar de noche por si se le ocurre algo; Juan, que duerme cerca, le atenderá. Yo bajaré todos los días la comida del señor...

—Di á mi hija, balbuceó D. Justo con voz suplicante, que baje todos los días á verme... ¿eh?... todos los días...

—Se lo diré, repuso Mercedes. ¿Manda algo más el señor?...

—Nada. No te olvides de decirle que venga...



Se salieron todos de la habitación, y hondo y sonoro resonó el portazo al cerrar el cuarto donde quedaba encerrado D. Justo.

Los criados, que habitaban la planta baja del palacio, transigieron con la vecindad del señor, pues no temían la vigilancia del amo, y á los pocos días todos entraban á saludar y enterarse de la salud de D. Justo, que se levantaba muy poco de la cama, donde permanecía amodorrado y hecho una momia. Juan pasaba todo el tiempo que le dejaban libre sus quehaceres al lado del viejo. D. Justo agradecía con efusión tal solicitud, y acabó por hacerle confidente de sus penas: «Mejor es cien veces morir que soportar este cruel abandono!, exclamaba el enfermo. ¡Siempre aquí encerrado! ¡Ni me sacan al jardín!... ¡Y mi hija no baja nunca!... ¡Nunca!... ¡Ya lo ves!...»

Juan sentía una gran piedad por el pobre señor, y deseando endulzar sus dolores, ideó una estratagema, que puso en práctica con resultado. Un día hizo levantar del lecho á D. Justo y le anunció que por mandato de su hija le llevaba á pasear al jardín.

—¿Y vendrá ella á verme?

—Quizás vaya, replicó Juan.

Y agarrando del brazo á D. Justo le paseó por los corredores, y volviéndole á entrar en el cuarto le sentó en una silla, diciéndole que estaba en el cenador del jardín, cosa que el viejo creyó cándidamente. Allí permaneció buen espacio oyendo el borboteo del surtidor cercano y estremeciéndose con las ráfagas de viento frío que bajaban de la sierra, según le indicaba en su charloteo Juan. Ya tarde, y convencido por el lacayo, emprendió D. Justo otra vez la fantasmagórica marcha hacia su habitación. Durante el paseo al través de los corredores D. Justo se quejaba amargamente de que su hija no había bajado junto á él. Juan urdió generosamente varias mentiras para engañar al viejo.

Pesadas é iguales pasaban las horas para D. Justo, que, vencido y agotado por el sufrimiento, ya no se atrevía á protestar y quejarse.

Llegó un día que la postración del enfermo mostró claramente á Juan que la muerte de D. Justo se acercaba. Llamó á Mercedes y le encargó que subiese á decir á la señora que su padre se moría y que se apresurase á bajar si quería darle el último beso: beso que solicitaba con insistencia el moribundo.

Mercedes subió precipitadamente; pero pasaron muchas horas y no venía nadie. D. Justo continuamente, y ya como un débil suspiro, repetía el nombre de su hija. Casi al anoecer se presentó por fin la doncella.

—¿Y la señora?, preguntó Juan.

—No baja...

—¿Que no baja?...

—No. Dice que como el señor está ciego y no se entera de nada, que le dé yo el beso... y es lo mismo.

—¡Valiente hija!... Bésale, pues, tú...

Al ver Mercedes á D. Justo con el rostro amarillo y casi rígido, las barbas largas é hirsutas y la desdentada boca abierta, de la que se deslizaban brillantes hilillos de baba, dijo, volviéndose á Juan:

—Me da repugnancia... no le beso.

Hazlo por caridad, insistió suplicante el lacayo.

—Sea por caridad, murmuró Mercedes, é inclinándose sobre D. Justo le besó.

La noticia de que el señor agonizaba se extendió entre los criados, y sólo por verle morir acudieron: el cochero, el mozo de cuadra y su mujer. La agonía del viejo era lenta. Entre los criados cesaron los codazos que, en un principio, se propinaban al notar los visajes de D. Justo, y en

el silencio absoluto de la habitación se oía netamente el estertor agónico. Poco á poco fué ganando el espíritu de todos el misterio inefable de la muerte, y mudos y solemnes oyeron escapar del pecho de D. Justo el último suspiro.

Un crepúsculo de invierno bañaba con sus tonos morados y tristes la estancia.

*Camilo Bargiela.*

## Mis laureles.

¡Yo he de triunfar para ofrecerte el lauro!  
 Tu amor será mi enseña,  
 tus fúnebres presagios mis rivales  
 ¡y tu sonrisa mi victoria inmensa!  
 Mira; de aquellas flores que resaltan  
 en los bosques de adelfas,  
 quiero para mi frente una corona,  
 símbolo de amarguras y tristezas...  
 ¡Ya volveré á tus plantas algún día  
 con otra de laureles y azucenas!  
 ¡De azucenas más blancas que la nieve!  
 ¡Tan blancas como tú!...

¡No, tú más que ellas!  
 ¡Sólo por tí!... Para borrar la sombra  
 de tus sonrisas lentas;  
 para trocar de tus mejillas pálidas  
 la palidez de muerta...  
 sólo por tí ¡con ansia de laureles  
 camina tu poeta!

.....  
 ¡Yo he de triunfar para ofrecerte el lauro!...  
 Y cuando altivo con mis glorias vuelva,  
 me aguardarás, llorando, ¡como siempre!,  
 con tu imborrable palidez de enferma  
 y en tus labios inmóviles el dejo  
 de las sonrisas lentas...  
 ¡Qué triste bienvenida! ¡Ni mis glorias  
 alejarán tus silenciosas penas!

.....  
 ¡No tendré á mi llegada  
 quien corone mi frente de poeta!  
 Mira; de aquellos lirios que florecen  
 al final de la senda,  
 quiero para mi frente una corona...  
 ¡la corona de lirios y violetas  
 que ciñen á las sienes de los muertos  
 cuando en la oscura soledad se quedan!  
 Tú me coronarás ¡muerta de frío  
 en tus brazos de piedra!...  
 Después... cuando los lirios se marchiten  
 sobre mi frente yerta...  
 ¡Son para tí! Reflejos melancólicos  
 de tu sonrisa eterna...  
 ¡Son para tí... los últimos laureles  
 de tu pobre poeta!

**José Sánchez Rodríguez.**